

EL MOTÍN

Año XLII

Madrid, Sábado 1.º de Julio de 1922.

Número 26.

EL MOTÍN

PERIODICO SEMANAL
SE PUBLICA LOS SABADOS

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN
ALBERTO AGUILERA, 52. MADRID

PRECIOS DE SUSCRIPCION

Madrid y provincias, 1'50 pesetas trimestre, 3 semestres, 6 año.—Ultramar y Extranjero, 10 pesetas año.—Pago adelantado.—Corresponsales, 1'50 pesetas 25 números.—Número suelto, 10 céntimos.

Los suscriptores directos tendrán derecho á recibir cuanto se publique en esta casa, con el 25 por 100 de rebaja.

De jueves á jueves

El espectáculo que han dado los senadores juramentados para no transigir con los impuestos sobre la grandeza y sobre los lujos, ha acabado de poner al descubierto la oreja de nuestras clases aristocráticas y adineradas.

Hay que dividir á estos señores en dos partes; quiero decir, en dos clasificaciones distintas. El grupo mayor está formado por personajes que han hecho suyo y llevan á la práctica más extremada y rigurosa la letrilla de Quevedo:

«Solamente un dar me agrada,
que es el dar en no dar nada.»

Pero estos distinguidos señores que, como el Harpagón de Molière, no dan los buenos días sino que los prestan, no son lo más notable del conjunto. El otro grupo, mucho menos numeroso, es de mucho más cuidado. Lo forman esos condes, duques, marqueses y demás excelentes que pagan con relativa largueza un abanico ó una postal en una tómbola benéfica, y dotan doncellas cristianas, y protegen obreros más ó menos amarillos, y costean dos ó tres camas en un hospital, y desempeñan por Pascua ropas á los menesterosos.

Desde luego que estos magnánimos señores no se privan de nada para hacer esos cacareados beneficios, y que en el orden de sus atenciones económicas figura mucho antes y con mucho más la gasolina para sus automóviles, que el pan para sus protegidos; pero, en fin, es indudable que al cabo del año no han tenido inconveniente en desprenderse de cierta suma. ¿Por qué entonces esa terquedad en no pa-

gar al Estado la parte mínima que Bergamín proyectó pedirles?

Es sencillamente que no se avienen á ser ciudadanos como los demás, que se creen de mejor carne; algo así como el puerco debe de creerse respecto de los otros animales, aunque no sé si con tanto motivo. Dar como favor y caridad, todavía; pero contribuir como obligación á prevenir esos mismos daños que luego acuden á remediar con la aspaventera solicitud de Juan de Robres? Si ahora que ha desaparecido el derecho de herchar á los villanos y de vincularlos á la tierra, y el de obligarles á asistir al señor con armas y caballos en cualquiera correría ó pillaje; si ahora que ni siquiera puede un noble levantar impuestos por que se le antoja, va á tener encima que pagar contribuciones, ¿merece la pena de ser rico y aristócrata?

El bloque de los senadores ha echado abajo el proyecto de registro de arrendamiento. Otro senador, el señor Chapaprieta, ha tenido la imprudencia de decirles que tal vez lo que hoy no querían dar tuvieran que darlo mañana al empuje de los tumultos populares. Y el «blquista» duque del Infantado gritaba enfurecido: «¡Eso lo veremos! ¡Eso lo veremos!»

Es decir: «veremos si bastan todas las revoluciones del mundo para sacarnos un real para que no ocultemos riqueza.»

Este señor Chapaprieta ha tocado la fibra verdaderamente heroica de nuestros grandes.

Los pobres habitantes de Las Jurdas, en cambio, pagan contribución territorial é industrial en medio de aquellas jeras, sin caminos, sin escuelas, sin lo indispensable siquiera para un español de tercera clase.

Hay mucho cretinismo, claro. ¡Qué se le ha de hacer!

La fortuna con los cretinos parece que no se anda en términos medios.

Me complazco en felicitar al general Berenguer por el éxito de una operación.

La que le han hecho para estirparle un pequeño tumor que tenía en un pie.

Hay operaciones providenciales. El Gobierno de Sánchez Guerra quedó muy airoso—todo lo airoso—posible—acordando concluir la campaña militar en Africa; pero gracias á la enfermedad del Alto Comisario, no

se ha dado el caso peregrino de que la dura jornada del 18 nos cogiera en pleno protectorado civil.

Por más que ya se vislumbra en lo que va á convertirse ahora nuestra acción en Marruecos, que unas veces ha sido «operación de política» y otras «movimientos de desorganización». Ahora es «periodo de transición» como va á llamarse. Durante este periodo no podrá ahorrarse dinero ni podrán repatriarse soldados. A saber el tiempo que durará esto; pero es de temer que se convierta en el cuento de la buena rípa ó del buen periodo de transición.

Los españoles felices

Algunos artículos de los muchos que sobre Las Jurdas se publican en estos días me han recordado el cuento del hombre feliz. Ya lo conoceréis.

Pues, señores: éste era un sultán que por curar á su hija enferma quiso que le llevaran la camisa del hombre feliz. La policía del Milán de aquel califato buscó, inquirió y averiguó que el hombre feliz no tenía camisa. Ciertos comentaristas me recuerdan el cuento y me hacen creer que los jurdardos son los españoles felices.

¿Que tienen bocio, estigma de degeneración? Es verdad.

Pero recordad que, según los enciclopedistas, la religión es el bocio de la humanidad; como á creer á los snarquistas, el Estado es el bocio del hombre en sociedad civil; y seguiría haciendo frases retenciosas, si no se me hubiera ocurrido esta: la frase es el bocio del estilo.

Tiemblo por los jurdardos,

El rey, el ministro, la guardia civil, la ciencia, el periodismo, ¿les extirparán el bocio ó los harán infelices sobre cretinos?

Es el temor que me asalta siempre que países civilizados—Inglaterra, Alemania, Francia, Italia, Bélgica, España (lo mismo dá)—tratan de civilizar pueblos bárbaros. ¿Les llevarán la civilización ó el alcoholismo, la sífilis, la prostitución y la guerra?

ROBERTO CASTROVIDO

A CASTROVIDO

Leo que la Comisión organizadora de su homenaje ha entregado á usted ya el álbum con las firmas de todos los periodistas madrileños.

Falta una, la mía, por no haberse-me enviado el pliego en que debía estamparla y no poder ir yo por aquellos días á cualquiera otra redacción á satisfacer ese deseo.

Por lo tanto, en uno de los próximos saldré de casa al cabo de veintiocho meses que llevo sin pisar la calle, iré á la suya, y aunque sea entre líneas intercalaré en el álbum mi firma.

Suyo como siempre,

JOSÉ NAKENS

Con motivo de un centenario

Por los héroes de la libertad

Ahora se cumplen cien años de aquel triunfo efímero de la Libertad sobre las negras mesnadas del absolutismo; tres años no más duró el imperio de los hombres libres, al cabo de los cuales volvió á gemir nuestra nación entre cadenas, patibulos y resplandores de cirios, que fúe la luz más viva con que durante tres centurias se alumbró la monarquía de España.

Si algo se hace para conmemorar aquel respiro, ciertamente no lo correrá á cargo del Gobierno, el Pueblo lo hará todo; es decir, el Pueblo, como le ocurre las más de las veces, se limitará á ser expectador; quienes pondrán su piedra en el rollo, serán los nietos de aquellos bravos que silbaron á la ridícula y trágica majestad de Fernando VII al volver de la clausura de las Cortes el 30 de Junio de 1822 y ocho días más tarde supieron ser héroes en el callejón de B. teros.

La Milicia Nacional, compuesta en su mayoría de hombres pacíficos que ya habían dado al rey y á la Patria la contribución de su sangre, y por ende tenían derecho á no volver á mezclarse en empresas bélicas, fueron los encargados de contener la ola negra que se nos venía encima, y que al fin, por esa criminal apatía y la facilidad á que para ser corrompido tiene el pueblo, habría de caerlos como una maldición.

Yo creo que esta tierra nuestra no tiene remedio; ahora el olor á cera y á braga sucias de fraile como los viejos degenerados el hedor á sobaquina femenil y á camisas por el estilo de aquella que la católica Isabel tuvo sin quitarse de su cuerpo durante siete meses.

Son muchos siglos de dominación eclesiástica, explotando á Dios como un negocio, lejos de venerarle como un símbolo, para que nos hagamos la ilusión que un puñado de hombres de buena voluntad puedan acabar definitivamente con lo que ha sido, y es, la esencia de nuestra vida, Política, Literatura y Arte.

Aquellos honrados vecinos que por defender los derechos de ciudadanía jurados por el rey y los representantes del Pueblo en las Cortes de Cádiz, tenían sangre de mártires y espíritu de iluminados. Su fe era más digna, más respetable que la de cuantos individuos consagraron las religiones como paladines de su causa, ya que éstos lo hicieron por un egoísmo personal, pues que pensaban que con sufrir unos momentos lograban una vida eterna de venturas, mientras que aquellos se sacrificaban por el bien de todos.

¡Lástima fué que algún caudillo cir-

constancial, con más vanidad que alteza de pensamientos, aunque pagó en la horca su afán de figurar, profanara la grandeza de la causa!

Toda la veneración de la patria, relativamente liberal, la merece aquel puñado de valientes que puso la barrera de su denuevo al ímpetu del absolutismo que á todo trance querían mantener un rey traidor, casi parridido, rodeado de una corte sacristanesca y sacrilega. Recuérdense á los clerizos Sáz, Otolará y Escoláiz, que como tenían en sus manos facultad para perdonar las culpas, entrábase con muy seguro pie por deleitosas veredas del pecado mortal.

Landáburu, Morillo, San Miguel, Palarea, Narvay, cabezas visibles de la jornada, bien merecen que al cumplirse un siglo de aquella epopeya que dió resplandores de libertad en todas las provincias, reciban el homenaje de España entera, aunque aún no ha roto del todo las cadenas.

DIEGO SAN JOSE

A la memoria de Estévez

Por iniciativa de un joven artista tinerfeño, que espontánea y desinteresadamente se ha brindado á modelarlo, parece que al fin se va á realizar el proyecto de erigir en Santa Cruz Tenerife: un monumento á la memoria del por tantos títulos ilustre D. Nicolás Estévez.

Dificultades materiales de diversa índole han venido retrasando este deseo de los paisanos del inolvidable D. Nicolás; pero la iniciativa del joven artista citado, acogida ahora con decidido empeño por la entusiasta Sociedad Juvenil Republicana de Tenerife, que la ha hecho suya, y secundada por el Ayuntamiento de aquella capital y por otras diversas entidades, y aceptada con simpatía por elementos particulares de todas las clases y de todos los partidos insulares, hace concebir la esperanza de que pronto habrá de convertirse en realidad este justificado homenaje al ilustre muerto.

Se ha iniciado para ello una suscripción popular, que encabezan la indicada Sociedad Juvenil Republicana y el Ayuntamiento, y en la que figuran nombres de personas de gran prestigio en aquel país, sin distinción de colores políticos, pues, á pesar de la marcadísima significación republicana del Sr. Estévez, sus paisanos no miran hoy en él al político exaltado, al revolucionario irreductible, al eterno rebelde, sino al escritor insigne, al inspirado poeta, al cantor sin igual de aquella hermosa tierra, al evocador de sus tradiciones y leyendas, al patriota fervoroso, idólatra de sus peñas nativas, al mismo tiempo que al hombre austero y honrado que pudo ser rico y prefirió morir pobre y sin otra aspiración que la no lograda de

Morir, mirando de Nivaria el cielo (1).

El proyectado monumento será tan modesto como podrán permitirlo los recursos de aquel país; será solamente un recuerdo de cariño, de admiración de sus paisanos, para que las generaciones venideras, cuando el tiempo haya ido borrando de la memoria de todos al caudillo revolucionario, al hombre político, recuerden al poeta

(1) Nivaria fué el primitivo nombre de la isla de Tenerife.

que, al cantar á su patria en inspirados estrofas, decía:

«La patria es una peña,
la patria es una roca,
la patria es una fuente,
la patria es una senda y una choza.

—
Mi patria no es el mundo,
mi patria no es Europa,
mi patria es de un almindro
la dulce fresca inolvidable sombra.»

Pero esa modestia pudiera y debiera no ser excesiva y desproporcionada á los méritos del que fué un día el ídolo de las masas populares y que pudo y no quiso ser el árbitro de los destinos de España, si los republicanos españoles secundamos—si queramos sea modestamente también—la patriótica iniciativa de sus paisanos, contribuyendo con nuestros donativos á engrasar la suscripción de Tenerife.

Brindamos, pues, esta idea á los republicanos españoles que tan vivo y con tanto cariño conservan el recuerdo del señor Estévez, y conocen los sacrificios que hizo por la causa del pueblo, su abnegación, su constancia, su desprendimiento y hasta su heroísmo, no superados y acaso ni igualados por sus contemporáneos, y mucho menos por sus sucesores, en la defensa de los generosos ideales democráticos.

Por conducto de *Vida Nueva* me dirijo á todos los republicanos, singularmente á los madrileños, para que constituyan algún Comité que recaude los donativos de cuantos quisieran contribuir á la realización de este merecido aunque tardío homenaje á la memoria del ilustre repúblico don Nicolás Estévez.

UN VIEJO REPUBLICANO

Vida Nueva, de donde he copiado lo anterior, dice, que acoge con gusto la excitación, y confía en que el pueblo madrileño, que llevó á las Cortes repetidas veces al ilustre Estévez, sabrá tributar este homenaje de recuerdo á quien fué preclaro y excelso en la devoción al ideal y abnegado como pocos durante toda su vida; añadiendo, que en manos de los republicanos madrileños deposita la iniciativa, seguro de que prenderá con tanta fogosidad como firmeza.

Hago más las palabras de *Vida Nueva*, y deseo que los republicanos madrileños no defrauden la confianza que en ellos pone, para que resulte enaltecida la memoria de uno de los hombres más verdad del partido, tanto por su actuación revolucionaria, como por su integridad de carácter y de conducta, habiendo sido además literato y poeta insigne.

Canarias puede con justicia enorgullecerse de contarle entre sus hijos preclaros.

La vida tal cual es

EL BIEN QUE NOS HACEN

I

—¿Ya está usted aquí otra vez?

—Hija, son las once... Yo creía que á esta hora no molestaría á la señora...

—Pues vino á las tres de la madrugada.

—¿De algún baile?

—La señora no va á esas cosas. Tu vieron reunión en casa de la condesa del Apuro, para eso de la kermesse que van á hacer para los pobres del distrito VI... Claro que un poco de cena, algo de música... Hija, ya verá, la gente no es de piedra, es de carne y hueso, como todo el mundo...

—Sí, sí; comprendido... Conozco bien todas estas cosas: he estado veintiséis años de cocinera en esta casa y casi he visto nacer á la señora... Dígale que está aquí la Gregoria... Ya sabe quién soy.

II

—¿Otra vez aquí esta mujer? Pues, hija, no voy á poder respirar sin encontrarla; esta es la tercera vez que viene.

—Creo que tiene á su marido en el hospital y á su hija mayor medio coja.

—Sí; siempre estos desgraciados están llenos de calamidades... Necesitan los tesoros de Crespo, y ni aun así...

—Parece muy buena mujer...

—Sí, la bondad de todos los que necesitan algo... Pero pínchales y verás. Lo que es la marquesita de Perales ya me metió en un buen berengenal con esto de la Liga Protectora... Anda, dile que entre...

III

—La señora marquesa ya recordará de mí...

—Ya lo creo: la Gregoria; como que has comido el pan de mi casa durante veinte años.

—Veintiséis, señora...

—Lo mismo da... ¿Y qué quieres?

—Pues un socorro de esa Liga, de usted, ó de quien sea; mi marido hace seis meses que está en la miseria; mi niña, por efecto de una caída, no puede ir al taller, y yo hace tres meses que no trabajo; á las cocineras viejas y casadas no nos quiere nadie...

—¿Pero no tienes ahorros? En casa te dábamos buen sueldo... Además, tú hacías la compra, y eso siempre produce.

—Vamos, la señora me pregunta si no he robado. Pues, no; no he robado, no sé si por demasiado buena ó demasiado tonta. Así me veo yo ahora.

—Bueno, ya te mandaré por la Petra esta tarde unos vales. ¡Hay tantos pobres! Ea, adiós, Gregoria.

—¡Y estas son las mujeres que pasan por santas!

FRAY GERUNDIO

Mea máxima culpa

I

—Padre, acúdome que Juan ha tomado la manía de seguirme á todas partes, y como que soy modista,

al ir al taller nos vamos dos ó tres veces al día. Eso sí, guarda conmigo las composturas debidas; tan sólo cuando se encuentra su mirada con la mía se le encandilan los ojos y tristemente suspira cual si por oculta pena sintiera el alma oprimida. —¿Qué tiene usted? —le pregunto. —Pero él se calla y me mira de un modo tan expresivo, que de la expresión mis viva sin poder yo remediarlo se enrojecen mis mejillas, —¿Pero no pasías de ahí? —No, señor. —Pues no te aflijas; son pecados veniales que borra el agua bendita.

II

—Padre mío. —¿Qué se ofrece?

—Que Juan y yo el otro día nos marchamos de paseo sin saberlo mi familia, y cuando nos despedimos él fijó en mí sus pupilas con tal ternura, que yo, hondamente conmovida derramé abundantes lágrimas sin saber ni lo que hacía.

—¡Malol... Mas sigue adelante y ningún detalle omitas.

—Pues nada, que desde entonces no paso noche tranquila; las horas pensando en él tristemente se deslizan, y cuando llega la aurora después de larga vigilia y mis párpados se cierran y el cansancio me aniquila,

siento que Juan dulcemente á mi lecho se aproxima y que de amor al oído tieran frases me prodiga.

—Por la horrosa pendiente del pecado te encaminas.

—Ay padre, si usted le viera así, no me culpárla.

Porque mi Juan es el hombre más bello que el mundo habita;

porque tiene en su mirada no sé qué, que magnetiza;

porque sus amantes frases son dulces como el almibar;

porque me quiere de veras, y, en fin, porque me fascina.

—Eso ya envuelve pecado y merece que te riña.

Para tí no hay salvación.

—¿Padre mío! —¿Estás perdida!

—¡Póngase usted en mi lugar!

—¡Que se ponga el Nuncio, hijal.

AGUSTIN PAJARON

El ideal de un ateo

«Dos son los fines que me propongo en esta vida, y que constituyen lo que para mí han de ser los deberes del hombre: procurarme la más grata existencia posible y al mismo tiempo hacer cuanto pueda por el bien de la humanidad. La completa felicidad se ha de encontrar en la perfección humana; por eso toda nuestra aspiración ha de ir encaminada á este fin.

¿Por qué esperar la felicidad en el

mundo de ultratumba, en el mundo de lo desconocido, de lo irreal, donde no se sabe lo que ocurre, ni aún si es posible hallarla allí? ¿Por qué distraer nuestra imaginación con ese idealismo espiritual, apartándonos así de aquello á que en la Tierra podemos aspirar? Esta idealidad ha causado la ruina de algunos pueblos, según nos dice la historia.

La realidad terrena es lo único que conocemos; por eso es á lo que debemos exclusivamente atender para hallar la felicidad.»

Así decía un ateo que se sacrificó por el bien de la humanidad, sin la esperanza de otro bien ultraterreno, pues siempre creyó que su destino estaba en la tierra y su felicidad sólo podía alcanzarla aquí. Y vivió sin inquietudes, sostenido por su amor al prójimo, sentimiento que tenía arraigado en lo más profundo de su alma.

VICENTE RISCOS

UN CASO MAS

Murió en Portugalete Saturnino Zabala, dejando dispuesto ante notario que se le enterrara civilmente. Esto no obstante fué ungido por indicación de algún individuo de su familia cuando ya no recapacitaba, por lo cual se dispuso el entierro eclesiástico.

Al enterarse uno de los albaceas testamentarios, fué á la casa y expuso á los herederos que presentaría una denuncia ante el juzgado por incumplimiento de la voluntad testamentaria. Hubo llantos y protestas, pero al fin se avisó á la parroquia de lo que ocurría. A pesar de esto, una hora después se personó el párroco en la casa mortuoria, rodeada ya de fuerzas municipales y Guardia civil, con varios curas y cruz alzada. A los pocos momentos comenzó á llover.

Cuadro típico. Los curas empeñados en llevarse el cadáver, y la familia no atreviéndose á entregárselo; los municipales incitando á que secundasen al clero los concurrentes, y éstos negándose y lanzando vivas frases de protesta; el aguacero aumentando; el párroco requiriendo á los municipales para que cargaran con el difunto y éstos negándose también.

Iba tomando aquello tan mal cariz, que la familia acudió al Juzgado y á la Alcaldía, donde no encontró á las autoridades: al regresar habían desaparecido ya los curas, y la muchedumbre, en vista de que no podía verificar-se el traslado al cementerio civil sin la autorización de la Alcaldía, comenzaba á desfilar.

Obligado á dar la autorización, el alcalde, que es carlista, dispuso que el entierro se verificara á las siete de la mañana siguiente, para que no pudieran concurrir á él todos los que lo deseaban, pues Zabala tenía

gran popularidad en la zona fabril y minera.

Mi aplauso al albacea, sin cuya decisión y entereza hubiese cometido el clero un atropello más.

Y sirva este caso de lección á todos los que aspiren á ser enterrados civilmente, para dejar expresada su voluntad de tal modo, que ni su misma familia pueda falsearla.

Pues, como se ve, los curas están siempre dispuestos á facturar al cielo almas de impios, aun sabiendo que no podrían entrar en él si existiera, con tal de mantener su predominio y aumentar su peculio.

Una pesadilla

¡Qué horrible fué la que me acometió! Soñé que había llegado á la puerta del infierno, y que legiones innumerables de curas, monjes, frailes, clericales y bandidos se cernían sobre mí. Iban, venían, tornaban y retornaban con ese irregular y vergado giro de las bandas de chilladores vencesos.

De pronto apareció un demonio que empezó á repartir abrazos entre aquella gentuza, y me pareció oír que decía á un reverendo obispo: «¡Voy á darle un susto á éste!»

—¡Ven aquí, tú, ¡xcomulgado mortal!—me dijo—. Satanás me encarga enseñarte la casa. Y agarrándome de un brazo, empezamos á descender y ascender.

Llegamos á un sitio desde donde se dominaba un extenso y profundo valle limitado por ambos lados por una larga cadena de montañas.

—Esto fué la laguna Estigia—dijo mi diabólico acompañante.

—¿Fué?—respondí asombrado.—¿De modo que ya no existe?

—¡Pero, mentecato! Habiendo pasado por aquí tanto neco, ¿cómo puedes imaginar que hubieran dejado una sola gota? Si esa gente por chupar es capaz de... Mas está en la puerta. Entra sin reparo.

—¿Esta? No veo en ella la inscripción que vió el Dante:

*Per me si va nella città dolente,
per me si va tra la perduta gente.*

Se la he oído á un carónigo. Me parece que acaba, después de hablar no sé qué cosas con tomate:

lasciate ogni speranza voi che entrate.

—Mas, ¿quién hace caso de poetas? Adelante.

—¡Símpático diablo, ¿qué alboroto femenino es ese?

—El depósito de beatas célibes.

—¿Y vírgenes?

—¡Hum!... Adelante. Las malditas, en cuanto oyen una voz varonil, se comueven. En este otro salón están los antipapas...

—Puede ser que haya algún papa.

—¡Alguno, eh? Sigue, hambre, sigue, y déjalos en su eterna perra rompiéndose la crisma con sus apostólicos cayados... Este es el calabozo de los simoniacos: obispos que vendieron dignidades como patatas, cardógos que cobraron á un mismo tiempo docenas de canchizas sin residir en ninguna; curas que percibieron el estipendio de misas que no hubieran podido celebrar si vivieran mil años; traficantes en indulgencias y amuletos...

—Afortunadamente en estos tiempos no sucede eso—dijo con el mayor candor.

Una estrepitosa carcajada resonó en aquellos antros.

—¿Qué es eso?—pregunté á mi acompañante.

—Nada, que esos diablejos están de broma, y cuando no tienen que hacer...

—Ya sé el resto del refrán. ¡Caracoles! Eclesiásticos de levita. ¿Qué significa ese rótulo? Estos departamentos ocupan las tres quintas partes del infierno.

—Aquí están los que repartieron la moral tan generosamente, que no guardaron ninguna para sí; los escritores que defendían la religión sin creer en ella, llamados carlistas, legitimistas, etc., etc.

—Estoy harto de ver católicos; conduce-me á sitios donde no los vea.

—¡Ja! ¡ja! ¡ja!—dijo riéndose á más no poder mi acompañante.—Me es imposible complacerte. Aquí no viene otra clase de gente.

Y en esto desperté.

Observaciones de un andariego

La sabiduría de los niños

Hace unos días, paseaba yo por el parque de Lesseps, á la hora en que declina y modera el fuego de sus rayos el padre Sol. Cuando iba llegando al templete central, pasé al lado de una niña como de tres años, á la cual acompañaba y cuidaba una niñera jamaicana. La niña dijo algo á la sirvienta, y esta rió con resonante fuerza y festejó el grajejo infantil. Según pude colegir, se trataba de alguna cosa relacionada con mis meleras.

Seguí desambulando y me senté en el respaldo de un poyo contiguo al diminuto estanque, que se halla cerca del templete. La niña y la niñera tomaron asiento en el borde del estanque. Al poco rato, la niña vino hacia mí, toda sonriente, se encará conmigo y me preguntó sin el menor circunloquio:

—¿Tú cómo te llamas?

—Pepe. ¿Y cómo te llamas tú?

—Judit María.

—¿Cómo se llama tu padre?

—Gritz.

—¿Cómo se llama tu madre?

—Enriqueta Ortiz.

—¿Tu padre es orteamericano?

—Sí, es americano.

—¿Tu madre es panameña?

—Sí, es panameña.

—¿Tú también eres panameña?

—Sí, soy panameña.

—¿Dónde vives?

—En Ancón.

Después de este breve diálogo, la niña y yo éramos ya excelentes amigos; florecía entre ambas una muy humana y acercadora confianza.

La niña, que es muy graciosa y muy bella y muy talentosa, frí y vino repetidas veces desde donde estaba yo al punto en que estaba la sirvienta. Siempre que volvía, continuábamos dialogando. Ella me interregó con alguna insistencia si se podía comer la fruta de un pequeño almendro que se alza tras el banco en que yo me había sentado. La dije de un modo explicativo que no, porque estaba muy verde, y al fin aceptó mis razones y las repitió.

Nuestra fraternidad creció de prisa, y la niña acabó por jugar conmigo. Yo toma-

ba sus manos y ella saltaba con cierto ritmo, á tiempo que yo la levantaba. El juego la deleitó mucho, y lo efectuamos más de una vez.

Al marcharme, deseoso de seguir tratando á una niña tan llena de simpatía, me acerqué á la sirvienta y le hablé; pero ella no fué lo bastante comprensiva y explícita. Después he recibido una información, que me hace confiar en que volveré á ver á la niña.

Mientras tanto, yo me felicito de haberme encontrado con ella. Porque esta niña encantadora me ha proporcionado un recio y vivo placer espiritual, y nos ha dado á los mayores en edad una lección magistralísima, que yo aprovecho para la presente crónica y que los demás deberían aplicar á su vida.

Yo logré aprender hace mucho que los niños, en abundantes casos, saben más que los adultos. Pero ahora lo he visto confirmado plenamente. Los niños poseen la augusta sapiencia de ser sinceros, espontáneos, sencillos, naturales, cariñosos, humildes y risueños. Son las personas de edad madura, mal tituladas grandes, quienes turcen sus impulsos ingenuos y hermosos, quienes corrompen su santidad y sublimen la naturaleza nativa, quienes los van trocando en seres maliciosos, etiqueteros, solapados y mendaces.

Esta niña desbordante de candor, al llegar hasta mí sin dudas y sin temores, al hablarme sin reverencias y sin necesidad de presentaciones, al tutearme desde el primer momento, nos da á todos, y con acentuación á las personas demasiado graves, un supremo y concentrado curso de humanismo elevado y sin tacha; nos enseña cómo tendríamos que vivir, si quisiéramos hacer de la existencia un paraíso de amor; es decir, todo lo contrario de lo que hacemos actualmente; nos prueba que, para ser buenos y felices, necesitamos ser siempre bastante niños.

J. M. BLÁZQUEZ DE PEDRO
Panamá.

AMIGOS QUE HAN ENVIADO CANTIDADES
PARA AYUDAR Á EL MOTIN

Tirso González, Cáceres, 2 pesetas.

CORRESPONDENCIA ADMINISTRATIVA

León.—Isidoro Suárez. Abonada su suscripción á fin Abril 1923.

Sejilvo.—Manuel Fortaíña. Id. á fin Diciembre 1922.

Valencia.—A. Civera. Id. á fin Septiembre 1922.

Jerte.—Emilio Beato. Id. á fin Diciembre 1923.

Cáceres.—Tirso González. Id. á fin Diciembre 1922.

Gibraleón.—Juan Fernández. Recibido su giro de 10 pesetas á cuenta.

Figueras.—R. Reigada. Id. de 7,50. Corfome.

Belchite.—M. Castillo. Id. de 31. Corfome.

Sabadell.—Antonio Avellaneda. Id. de 50. Corfome.

Málaga.—Miguel Torres. Id. de 11. Corfome.

Tomelloso.—Jesús Cepeda. Id. de 15.

Figueras.—Martín Gratacós. Id. de 15,90. Corfome.

Imp.—Juan Pérez.—Pasaje de Valdecilla, 2.—Madrid.